Lc 6,39-45 Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón

El Evangelio de este Domingo VIII del tiempo ordinario comienza con una breve parábola, que parece interrumpir el curso del «discurso de la llanura», que venimos leyendo en forma continuada los dos domingos pasados.

«Les dijo también una parábola: "¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?». Es una parábola, porque se trata de la presentación de un hecho de la vida real, ante el cual el auditorio se ve obligado a una clara toma de posición. En efecto, la primera pregunta exige de todos la respuesta: «No, no puede»; y a segunda análogamente: «Sí, ambos caerán». Es claro, pero ¿a qué viene aquí? La misma parábola la incluye Mateo en una controversia contra los fariseos, donde parece venir mejor al caso. Jesús acababa de afirmar que no hay alimento que haga impuro al ser humano que lo come, es decir, que lo deje impedido de acercarse a Dios en el culto: «Escuchen y entiendan: "No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que hace impuro al hombre"». Entonces sus discípulos lo informan del efecto de esa enseñanza: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?». Jesús reacciona diciendoles: «Dejenlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo» (cf. Mt 15,10-14). Es claro aquí lo que provoca la reacción de Jesús. Observamos que, en el Evangelio de Mateo, cada vez que Jesús usa el término «ciego», cuando no se trata de la ceguera física, es para calificar a los fariseos y escribas, cuando rechazan su enseñanza: «¡Ay de ustedes, guías ciegos!... Insensatos y ciegos... Guías ciegos... Fariseo ciego... »(Mt 23,16.17.19.24.26; cf. Jn 9,40-41).

La única vez que usa Lucas el concepto de «guía ciego» es en la breve parábola del Evangelio de hoy. ¿Qué es lo que provoca esa reacción de Jesús? Para responder a esta pregunta tenemos que discernir algo que Jesús ha enseñado en su discurso de la llanura que haya sido rechazado por los escribas y fariseos, que aman ser llamados «Rabbi = maestro». Es ciertamente lo mismo que es rechazado por el mundo hoy: «Amen a sus enemigos... a quien te golpee en una mejilla ofrecele también la otra, a quien quiera quitarte el manto dale también la túnica... a quien te quite lo tuyo no se lo reclames... a quien te pida,

da sin esperar algo en cambio...». ¿Por qué podían escandalizarse con esto los fariseos? Porque es una novedad absoluta respecto a la Ley antigua, la que ellos enseñaban. Lo discernimos por el discurso paralelo que nos transmite Mateo: «Ustedes han oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pues Yo les digo: "No resistan al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrecele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto"... Han oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Pues Yo les digo: "Amen a sus enemigos y rueguen por quienes los persigan, para que sean hijos de Padre celestial de ustedes...» (Mt 5,38-40.44-45). Los fariseos se han quedado en «lo que se ha oído antes». La venida del Hijo de Dios al mundo es una novedad absoluta y su enseñanza es la verdad. Él es el único que podía ponerse ante la Palabra de Dios, dada a su pueblo en el Antiguo Testamento, y decir: «Pero Yo les digo...», y pronunciar la Verdad y lo que rige para el ser humano en este tiempo, que es el tiempo de la salvación: «Miren, ahora es el día de la salvación» (2Cor 6,2). Los fariseos eran «guías ciegos», porque se quedaron en el pasado y no dieron el paso hacia la acogida de Jesús y su efecto: «A cuantos lo acogieron les dio el poder llegar a ser hijos de Dios...» (Jn 1,12).

Desgraciadamente, el mundo nuestro sigue bajo el poder de «guías ciegos», que llevan a todos al precipicio, como se observa en el nefasto conflicto bélico, que desde hace algunos días lo aflige. Esa guerra no es ni siquiera «ojo por ojo», sino mucho más primitivo aún; es agresión abusiva, sin previa provocación, es decir, «ojo, sin razón alguna» y, lo que es peor, «vidas inocentes, sin razón alguna». ¡Qué lejos estamos en nuestro mundo del mandato de Jesús: «Ustedes amen a sus enemigos, hagan el bien a quienes los persigan...»!

La breve parábola de los guías ciegos ha introducido el concepto de «maestro». Jesús entonces sigue: «No está el discípulo por encima del maestro. Todo el que esté bien formado, será como su maestro». Nuestro maestro es Jesús. Pero Él no nos pide que aprendamos de Él a curar los enfermos, a calmar la tormenta, a multiplicar los panes; Él nos pide que aprendamos de Él otra cosa: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón... Tomen su cruz y siganme...» (Mt 11,29; 16,24). ¡No somos muy buenos discípulos de este Maestro! La lección que Él nos da con su vida no la hemos aprendido. Él aspira a que nosotros lo imitemos a Él, como lo afirma en la última cena después de que lavó los pies a sus discípulos: «Si Yo, el Señor y

el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavar los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes» (Jn 13,14-15). A esto aspira Jesús: «Todo el que esté bien formado, será como su maestro». Para ser como Él debemos llegar hasta la entrega de la vida. Hemos dicho que la lección suprema que Jesús nos dio es el amor hasta la entrega de su vida —«Nadie tiene amor más grande» (Jn 15,13)— y esa lección es nueva: «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él dio su vida por nosotros. Por tanto, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16). Entonces, el discípulo habrá sido «como su maestro».

Por medio de una nueva parábola, Jesús ilustra lo que ya ha mandado: «No juzguen y no serán juzgados». Critica nuestra facilidad para ver los errores ajenos y condenarlos –«Ves la brizna que hay en el ojo de tu hermano»— y la dificultad que tenemos para ver nuestros grandes pecados: «No ves la viga que tienes en tu ojo».

Sigue enseñando Jesús que la bondad que Dios nos manda tener debe ser interior, debe ser del corazón. Sabemos que el corazón era para un judío el órgano con el cual conoce y ama. Quien es «manso y humilde de corazón» tendrá un comportamiento coherente, pues, «el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo, del malo saca lo malo. Porque de lo que rebosa el corazón habla su boca». Esto tiene su perfecto cumplimiento, sobre todo, en Jesús, y en los santos que lo han tenido a Él por su maestro. Tengamoslo por Maestro también nosotros.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez Obispo de Santa María de los Ángeles